

Negros y criollos en la formación de la conciencia nacional

Walterio Carbonell
Historiador

Introducción

Los años sesenta, en los que Walterio Carbonell escribe o “dicta” Cómo surgió la cultura nacional, justifican el romanticismo anti-iluminista de la revolución. Es decir –y esto más que una afiliación poética es un manifiesto ideológico-, no es que la revolución no haya conseguido ni finalmente vaya a conseguir su utopía, sino que la misma se encuentra en su pasado, en sus orígenes, ya realizada.

El manifiesto más integral del “romanticismo sesentista” es el libro Mirar a los 60. Antología cultural de una década (Museo Nacional de Bellas Artes, La Habana, 2004). Esta vez, desde la primera página, el crítico Ambrosio Fornet deja a un lado sus plomizos bautizos epónimos y nos habla, entonces sí, de “una década prodigiosa”.

En unos tiempos de fundación revolucionaria como aquellos, un libro escrito para analizar los orígenes de la cultura nacional tenía necesariamente que dialogar con interlocutores vivos. Como bien dice Carbonell, no con Francisco de Arango y Parreño y José Antonio Saco, sino con sus “representantes”. No con los ecos metropolitanos ibéricos, sino con sus derramamientos galos. Hay, en resumen, dos contextos de actualidad declarados en las mismas páginas de Cómo surgió la cultura nacional:

1- El debate ideológico-institucional de los orígenes de la revolución cubana.

2- El proceso de descolonización de Argelia y la posición ante el mismo de la intelectualidad francesa.

Lo que unifica todo esto y trae el libro a nuestra más cotidiana presencia es la textura espiritual y revolucionaria de Walterio Carbonell: un intelectual metido plenamente en el flujo de su historia, de todas sus historias.

La revista Islas, como homenaje, ha querido presentar una muestra de su Cómo surgió la cultura nacional.

Emilio Ichikawa

Fragmentos del libro “Cómo surgió la cultura nacional”, del reconocido historiador cubano Walterio Carbonell

¿Nuestra cultura nació de algo...? Desde luego. De las vivientes española y africana dentro del sistema colonial. ¿Saco y Varela nacieron de algo...? Desde luego: de la cultura española. Escribían en excelente español y la lógica interna de sus escritos se encontraba a la altura de la lógica interna de la cultura española. Un pueblo tiene que haber vivido muchos siglos para crear una cultura en cuyo seno aparezcan escritores de la calidad intelectual y elegancia en el lenguaje de hombres como Saco y Del Monte.

Nadie que enjuicie los problemas de la cultura con alguna seriedad sería capaz de afirmar que un pueblo, a los dos siglos y medio de existencia, sea capaz de alcanzar por sus propios esfuerzos el desarrollo intelectual que tuvo el siglo XIX en Cuba. Si en el siglo XIX existe una alta cultura en nuestro país es porque la alta cultura colonial no es nuestra, es decir, no ha sido producida aquí de una manera auténtica, sino que es un equivalente de la alta cultura española. Para que Inglaterra, Francia, Alemania o Rusia alcanzaran el desarrollo intelectual que existía durante el siglo XIX en Cuba, necesitaron muchos siglos de proceso creativo. Cómo, pues, iba nuestro pueblo a requerir sólo dos siglos y medio para alcanzar el nivel intelectual del siglo XIX, cuando otros para alcanzar este mismo nivel han necesitado de siglos, a menos que nosotros seamos más inteligentes que todos los demás pueblos. Mas, como no existe ninguna base para tan peregrina afirmación, hay que deducir que si el siglo

XIX es como es, si en él aparecen escritores del alto nivel intelectual de Saco, Varela o Del Monte, es debido a que estos señores y esta cultura no son otra cosa que la propia expresión o manifestación de la cultura española.

¿Bajo qué factores españoles y africanos se despojaron de su formación psíquica y cultural en Cuba? ¿Bajo qué factores adquirieron una nueva formación psíquica y cultural como para poder calificarlos de cubanos? Esta pregunta hay que plantearse y resolverla adecuadamente para comprender cómo se formó la Nación y la cultura nacional, y para saber qué es auténticamente nacional y qué no lo es. Las invocaciones patrióticas de los historiadores burgueses todavía al uso, han arrojado muy poca luz sobre estos temas. Y si los revolucionarios de la nueva generación desean resolver adecuadamente los problemas de la formación de la Nación y de la cultura nacional, deberán evitar el camino trillado.

Deben comenzar por hacer un estudio de las relaciones sociales esclavistas desde el siglo XVI hasta finales del XIX, del carácter de la lucha de clases. Haciendo uso del vocabulario patriótico nada se adelanta. Los problemas de la aparición del tipo cubano, de la formación de la Nación cubana y de la cultura nacional, tienen que ser explicados a la luz de las relaciones económicas dentro de las cuales estaban insertadas las poblaciones española y africana. “La producción de las ideas, de las representaciones y de la conciencia, están íntimamente ligadas a la actividad material y al

comercio material de los hombres, son el lenguaje de la vida real. La representación del pensamiento, el comercio intelectual de los hombres aparece aquí como emanación directa de su comportamiento material” (Karl Marx, *La ideología alemana*).

Por otra parte, ni la Nación ni la cultura nacional son exactamente las clases sociales, son un producto. De esto se deduce que el problema de la formación de una nación y su cultura nacional requiere un análisis que va más allá del puro análisis de las condiciones materiales de una sociedad y sus conflictos clasistas.

Y en el caso de Cuba las cuestiones se complican porque en el siglo XIX, y en los anteriores también, no sólo estaban en conflicto las clases fundamentales: esclavos y esclavistas, sino también la formación psíquica y cultural de la población española y africana.

Todo lo que separaba a los terratenientes esclavistas de la metrópoli era el problema económico-político, no el cultural. Nunca se oyó decir a los “criollos” de la colonia que luchaban por defender su cultura. Todo lo que elaboraron los criollos, en este aspecto, fue una poesía española de acento patriótico cubano. Y no digo si crearon algo diferente, en lo que se refiere a la escultura, la música, el teatro, porque estas manifestaciones tenían poco valor. Era la misma cultura española degenerada, empobrecida por el sistema colonial.

Sin embargo, de esto no hay que deducir que el conflicto económico-político entre los terratenientes esclavistas y la metrópoli no contribuyera también a la formación de la cultura nacional. Ya hemos dicho que la mayor contribución a la formación de la cultura nacional es la propia Guerra de los Diez Años, la cual estuvo bajo la dirección de los terratenientes esclavistas. Ahora bien, en lo que se refiere a la creación de una cultura distinta de la española y la africana, las cosas se suceden de otro modo: son el conflicto esclavo-esclavista y

el conflicto de sus respectivas culturas los que más contribuyen a la formación del acervo nacional.

El conflicto negro-“criollo”, estaba llamado a producir resultados más halagüeños, en cuanto a la formación de la cultura nacional, que la rivalidad criolla-española. Más halagüeño y más trágico al mismo tiempo porque en medio de esta lucha clasista, de las mezclas raciales, las culturas española y africana de Cuba se debilitaron y empobrecieron. La llamada cultura “criolla” conoce su esplendor hacia 1830: Varela, Saco, José de la Luz y Caballero, Del Monte. Después todo es un lento declinar. La razón esencial de la decadencia de esta cultura es el sistema colonial. La dialéctica negro-“criollo” es más interesante, desde todos los puntos de vista, porque en el seno de esta dialéctica estaban contenidos los elementos realmente contradictorios de la sociedad colonial. No sólo porque esclavos y esclavistas eran los agentes principales del devenir histórico, sino porque sus culturas se encontraban en abierta pugna en virtud de que sus valores constitutivos procedían de culturas diferentes. La lengua española de la población blanca, ¿en qué podía pugnar con la lengua de los peninsulares? ¿Es que acaso el catolicismo de los funcionarios coloniales iba a oponerse al catolicismo de la población “criolla”? El conflicto entre la cultura de los “criollos” y de la metrópoli era de cierta manera ilógico. La situación del criollo nada tiene de parecida, culturalmente hablando, con la del pueblo argelino que tiene una religión, una lengua, un conjunto de hábitos y costumbres, distintos de la cultura del colonialista francés. Eran los africanos de Cuba la única población que se encontraba en situación similar a la de los argelinos de hoy.

Los africanos de Cuba hablaban dialectos propios, tenían religiones, música, hábitos, costumbres y una concepción del mundo dife-

rente de la población blanca colonizadora. El conflicto entre la población española y africana era, pues, inevitable, y no sólo el conflicto de clase, sino también el de la cultura.

El esquema tradicional

Los historiadores no se han valido de este esquema real para investigar los orígenes y desarrollo de la conciencia nacional ni de la cultura nacional. ¿Qué esquema han utilizado? Aquel que toma, como eje de las contradicciones fundamentales de la sociedad, las contradicciones existentes entre la monarquía española y los “criollos” esclavistas. El historiador exagera hasta el infinito el mérito de las contradicciones que tienen lugar entre 1800 a 1850. Olvida que durante este período los criollos son los instrumentos más activos del colonialismo español puesto que son los explotadores directos del trabajo esclavo; y por otra parte, reducen prácticamente a la nada los antagonismos entre esclavos y esclavistas, que constituyen, dicho sea de paso, el eje de todas las contradicciones de la sociedad colonial. Mediante el falseado esquema, la conciencia nacional aparece como un fruto desgajado por las fricciones entre la monarquía y sus propios instrumentos coloniales, los esclavistas criollos.

En Europa la cuestión de la conciencia nacional es considerada un tema difícil sobre el que se escriben libros y se polemiza. Nadie se atrevería a afirmar entre los especialistas franceses, por ejemplo, que esta cuestión de la formación de la conciencia nacional ha sido resuelta. ¡Sin embargo, aquí esta cuestión es una bicoca, se le despacha con cuatro o cinco frases categóricas!

Pero ilustremos en detalle el esquema del historiador mediante el cual descubre el origen y desarrollo de la conciencia nacional cubana:

Primer paso: El historiador se pone de acuerdo con su propia conciencia. Conoce apriorísticamente cuál es la clase social que el destino ha reservado para los impulsos patrióticos. ¿Quiénes son estas gentes?: Los esclavistas. El grupito que en la sociedad colonial dominaba la economía. Frente al grupito de esclavistas se encuentran miles y miles de esclavos y de hombres libres, sin cualidades para sentir el patriotismo por sí mismos. Nada menos que la inmensa mayoría de la población.

Segundo paso: Una vez que el historiador ha realizado apriorísticamente su elección, procede entonces a constatar los momentos en que los intereses de los grandes terratenientes esclavistas entran en pugna con los intereses de los comerciantes y la metrópoli. Como los intereses de la inmensa mayoría de la población colonial, formada por esclavos y hombres libres sin esclavos, no se encuentran en contradicción con los de los comerciantes y la metrópoli española, según se deduce del esquema del historiador —referido a la contradicción de intereses— y como, además, la inmensa mayoría de la población no es oída por los capitanes generales ni por el rey, ni por las cortes, hay que concluir que: o bien la población colonial no es nacionalista ni tiene conciencia nacional, o bien refleja simplemente la conciencia “nacionalista” de las “clases ilustradas”.

Tenemos, pues, que el “criollo”, o dicho de otra manera, el terrateniente esclavista, es, según el esquema del historiador, el padre del nacionalismo. ¿Qué hay de la contradicción fundamental de la sociedad colonial, esclavo-esclavista? ¡Tonterías!

Los antagonismos que produce esta contradicción fundamental no interesan. Partiendo de las contradicciones secundarias, el historiador no tiene más que constatar los factores económicos y políticos de la metrópoli y los terratenientes esclavistas. El resultado de esta oposición da lugar al nacimiento de la

conciencia nacional y la cultura. Todo esto es muy divertido, ¿verdad?

He aquí otra variante divertidísima que trata de explicar el origen de la conciencia nacional: un buen día, los intereses contradictorios hacen crisis, al punto de que hasta los intelectuales se revuelven en sus cátedras del Colegio San Carlos. Deciden modelar con finura de artistas la conciencia indiferenciada de sus alumnos y hacer de ellos buenos cubanos revolucionarios.

¿Qué quiere decir esto? Que en el campo intelectual los maestros han preparado la revolución de 1868. Así como los enciclopedistas “prepararon” la revolución francesa, del mismo modo los ideólogos esclavistas han preparado la revolución cubana. Curioso, ¿verdad?

En fin, se deduce de cualquiera de los mamotretos históricos que por ahí circulan, que los terratenientes esclavistas trabajan hasta la fatiga en el Ayuntamiento de La Habana, en el Consulado, en la Sociedad Económica de Amigos del País, en el palacio del acaudalado Aldama; viajan a España y a los Estados Unidos; elaboran proyectos anexionistas y reformistas y gracias a tan agobiante actividad, la conciencia y la cultura nacional aparecen.

Otro ejemplo de cómo se formó la conciencia nacional: en 1837 la monarquía deja sin representación a las cortes a la ilustre clase de los terratenientes esclavistas; entonces se producen gritos y protestas. Los “criollos” gritan espantados ante el “terror” implantado por

Tacón. ¿Se espantaron alguna vez del terror impuesto por ellos mismos contra los esclavos?

Otro ejemplo sobre el mismo tema: O'Donnell mezcla a Luz y Caballero y a Domingo del Monte en la conspiración de negros de 1844. Luz se ofende porque le llaman conspirador y al rechazar la ofensa escribe una de las páginas más hidalgas de la historia de Cuba. La cubanía, en el proceso de La Escalera, vistió sus mejores galas. ¡Qué cinismo!

Pero en fin, los resultados de la hidalga actitud de Luz no se hicieron esperar: en 1847 se funda el club de La Habana; Aldama deviene el eje de todas las intrigas conspirativas que se tejen en el club. Conspirador audaz, celebra reuniones secretas entre los muros de su palacio y junto a sus amigos decide incorporar la isla a la Unión Norteamericana. La mejor garantía para conservar el orden esclavista. La prueba de la sagacidad patriótica de Aldama está en el hecho de no haber tenido inconveniente en asociar sus actividades con las de Cisneros Betancourt, quien desde Nueva York y a través de su “comité” había realizado una labor encomiástica.

Por otra parte, el general norteamericano William J. Wright, acepta invadir la isla mediante el pago de tres millones de dólares. ¡Qué júbilo! Los terratenientes de California, Nueva México y Texas han aceptado incorporar a Cuba a la Unión Norteamericana. ¿No es Cuba la mejor base para extenderse a América del Sur y una vía hacia Panamá, puerta del Pacífico, para dirigirse hacia China?